

Hay convenciones sociales, y hay, a veces, diferentes expectativas que tienen las personas, que no requieren que cierto tipo de actos necesariamente sea moral de antemano. Obviamente hay casos que están por encima de cualquier duda, como el brindar ayuda inmediata en un caso de urgencia. Es obvio cuál sería la conducta solidaria y sin duda moralmente buena. Pero las cosas son más difíciles, cuando las personas deben decidir cómo utilizar su tiempo y sus recursos materiales propios.

"La belleza moral de las acciones requiere, como condición primordial, que exista una voluntad libre, y esta libertad se acaba en cuanto se quiere obligar a la virtud moral con multas penales".

Friedrich Schiller

Las Condiciones de una Auténtica Solidaridad

Sólo las personas que viven en libertad pueden ejercer la verdadera solidaridad, tomando decisiones en función de sus propias convicciones y valores, ayudando a otros y brindando su apoyo a diversas instituciones. Su margen de acción puede ser muy variado, depende tanto de sus propias capacidades, como de su situación económica; sin embargo, casi cualquier persona puede hacer algo por los demás.

Pero los obstáculos que se les contraponen, provienen de afuera, particularmente de la coerción del Estado.

Cuando se obliga a las personas a entregar, de diversas maneras al Estado, una parte de sus ingresos, ya no podrán disponer de éstos para otros fines que ellos decidan, ni tampoco para causas de interés común.

Con esto queda claro, que una muy amplia disponibilidad sobre la propiedad es una condición esencial para una conducta de solidaridad y para una sociedad solidaria.

Las instituciones estatales, especialmente aquellas que actúan en el ámbito de la política social, proclaman a su favor, que son solidarias en sus acciones, a la vez que fomentan la actitud de solidaridad de los ciudadanos; lo cual resulta problemático en diversos sentidos.

Se limita a los ciudadanos en sus posibilidades de actuar de forma responsable, al privárseles de los recursos materiales necesarios para ello.

Lo que se paga por concepto de impuestos o aportaciones sociales, ya no estará disponible para cubrir necesidades futuras propias, ni para ayudar a los demás.

Las perspectivas de alcanzar metas comunes en asociaciones o fundaciones, se ven restringidas por complicadas reglamentaciones.

El sistema del Estado social omnipresente, termina socavando también la motivación para una auténtica solidaridad.

Cuando el Estado es quien ayuda a los demás, muchos ya no tendrán suficientes razones para comprometerse personalmente.

La responsabilidad parece haber quedado saldada con los impuestos y contribuciones sociales pagadas.